

INTRODUCCIÓN

PEDRO JOSÉ CABRERA CABRERA Y HENAR PIZARRO LLORENTE

«En numerosas ocasiones, en una profesión como el trabajo social, muy volcada en la acción y en el día a día, debido a las demandas urgentes a las cuales tienen que dar respuesta sus profesionales, nos olvidamos de cuál ha sido nuestra historia». Esta cita, extraída de uno de sus escritos, contiene el eje del trabajo que desarrolló durante años en la universidad el profesor Manuel Gil, quien no solo buscó transmitir a sus alumnos su pasión por una profesión a la que se dedicó en muy diversas facetas, sino que también consiguió hacerles conscientes del camino andado por los trabajadores sociales hasta ese momento. Avanzar en la explicación desde los orígenes, analizar la evolución y proyectar una mirada profesional sobre los retos del futuro conformaba, según su opinión, un hilo esencial en la comprensión de lo que debía conocer el egresado en Trabajo Social de la Universidad Pontificia Comillas.

El gusto por los libros en general y por la literatura profesional en particular se plasmaba en la forma de enfocar su labor docente sobre la Historia del Trabajo Social. Siguiendo su criterio, el alumno debe conocer y no olvidar el proceso de conformación de los elementos constitutivos de su quehacer profesional, sobre todo, porque las reflexiones o actuaciones que en su momento fueron innovadoras y respondían a un determinado contexto social, aunque puedan parecer inútiles o incluso ridículas con la percepción actual, deben ser adecuadamente valoradas en su momento histórico y aprender de sus aciertos y de sus carencias en la medida en que sirvieron para mejorar la condición social de las personas. Por ello, Manolo pensaba que el estudio de la historia tenía que preceder al estudio de los métodos, entendiendo que son dos cuestiones complementarias y estrechamente ligadas. Las ganas de los alumnos de pasar a la acción debían esperar a que incorporaran esta reflexión primigenia.

Los miembros de las numerosas promociones de trabajadores sociales formados en las aulas de la Universidad Pontificia Comillas tendrán, sin duda, un recuerdo relacionado con el profesor Gil desde que este llegó a la misma para realizar sus estudios, etapa que finalizó en 1992. Si bien no se trataba de su primer contacto con los estudios universitarios, puesto que había finalizado unos años antes el bienio filosófico de los Estudios Eclesiásticos en tierras extremeñas, no cabe duda de que su camino profesional quedaba desde entonces definido. Continuó su formación en la Universidad Pontificia de Salamanca, donde obtuvo la licenciatura en Ciencias Políticas y Sociología (especialidad en Psicología Social) en 1995, pero su vocación

docente le llevaba a iniciarse como profesor en las aulas comillenses en el curso 1993-1994. Ya nunca abandonaría la tarea de formar a los nuevos trabajadores sociales que salían de las mismas.

En este recuerdo al que aludíamos de profesores, compañeros y alumnos, no cabe duda de que la entrega de Manolo en sus tareas formará parte del mismo, su compromiso con los demás, su capacidad de gestionar grupos (como delegado de su clase, como coordinador, como jefe de estudios, como director de departamento, como decano del Colegio de Trabajadores Sociales de Madrid...), y su búsqueda del consenso en un clima de confianza. Un referente al que echamos mucho de menos. Los autores que escriben en estas páginas darán buena cuenta de todo ello y nos acercarán a un quehacer con múltiples facetas que iban desde la labor intelectual a la reivindicativa en pos de una sociedad más justa.

Manolo tampoco descuidó la investigación, que culminó en esta etapa con la obtención del título de Doctor en Sociología por la Universidad Autónoma de Madrid en 2010. Su tesis, titulada *La institucionalización del trabajo social en España (1958-2000)*, contó con el aplauso general y quedó a la espera de ver la luz tan pronto como sus muchas ocupaciones le permitiesen un respiro. En este sentido, y como se recogía en una de sus publicaciones anteriores, *El protagonismo de la organización colegial en el desarrollo del trabajo social en España*, su labor al frente del Colegio de Trabajadores Sociales, organismo que entendía fundamental para los profesionales de esa disciplina, le llevó a desarrollar un intenso trabajo, que compaginó perfectamente con su labor docente, sus responsabilidades en el departamento y la Facultad, y su participación en congresos y eventos profesionales. Profundizar en la investigación de los temas en los que llevaba trabajando décadas y poner al día sus publicaciones se encontraba entre sus planes prioritarios cuando la enfermedad hizo su aparición. Estas líneas de trabajo se encuentran plasmadas en el homenaje que le rinden sus compañeros en estas páginas.

Este número monográfico comienza con una serie de artículos en los que se entremezclan los recuerdos personales con la reflexión académica. En primer lugar, aparece una emotiva lectura de su trabajo docente, como investigador, y en tanto que Decano, para hacer avanzar el trabajo social dentro del sistema universitario español, es el objeto del texto que publica Almudena Juárez, compañera de profesión y sucesora de Manolo al frente de la Jefatura de Estudios de Trabajo Social en Comillas, posición institucional que le ha permitido dar continuidad a la labor de organización docente y acompañamiento de nuestros alumnos que tantos frutos nos permite recoger.

A continuación, Luis Enrique Alonso, quien fuera su director de tesis, nos permite conocer la naturaleza de la relación que establecieron durante

su doctorado, en donde se entremezclan la amistad, la admiración mutua y el diálogo académico más fértil mientras pudo acompañar la gestación de lo que fue la aparición, expansión y consolidación de los profesionales del trabajo social, en íntima conexión con la evolución de la sociedad española durante la segunda mitad del siglo XX en su tránsito desde la dictadura a la democracia, desde la beneficencia a los derechos sociales. En conexión con lo anterior, el actual decano del Colegio de Trabajo Social de Madrid, Daniel Gil, que compartió con Manolo el trabajo colegial y la labor docente en nuestra universidad, reflexiona sobre uno de los asuntos que más ocuparon a Manolo: el desarrollo teórico y metodológico de la disciplina como elemento fundamental para lograr la plena institucionalización de la profesión en el marco de un colegio profesional capaz de hacer valer su contribución inexcusable a una sociedad de bienestar basada en actuaciones profesionales técnicamente bien fundadas y deontológicamente irrefragables.

En un punzante artículo, la profesora de la UPV, Miren Ariño que años atrás formó parte del claustro de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Comillas y compartió con Manolo diálogos, congresos y hasta cantos corales en momentos de celebración, se interroga sobre la compleja relación entre saberes considerados de primera y de segunda, atisbando la dura complejidad de un camino que, de la mano de Machado/Mairena, está condenado a quedar mientras pasa, a ser recorrido y ser dejado atrás. Camino que, siempre en compañía y a pesar de todos los pesares, Manolo siempre quiso andar «tal vez y sólo tal vez para favorecer que las personas con quienes trabajemos se arriesguen con nosotras a implicarse en dinámicas y procesos que nos ayuden a encontrar nuevas posibilidades de transformación social».

Terminando esta primera parte en la que se entremezclan la reflexión intelectual con los testimonios personales sobre Manolo, se encuentra un texto cuidadosamente escrito por María Pacheco, su compañera de estudios, su colega en la Universidad de Comillas, su esposa y madre de sus hijos. Mientras nos va desgranando el esforzado proceso mental que le llevó a escribir esta contribución, María recoge diversas facetas del trabajo desarrollado por Manuel Gil en tanto que trabajador social, historiador, sociólogo, cinéfilo, voluntario social, decano, etc., que encuentran su reflejo en la colección que nos lega con algunos de los videos que utilizó en sus clases de Trabajo Social. La lista ordenada de los mismos, sin duda será revisada y aprovechada por otros docentes de la disciplina.

Javier de la Torre escribe un precioso artículo en el que se abrazan lo académico con lo personal, las citas eruditas con los testimonios de primera mano, sin que las primeras desmerezcan de los segundos y viceversa, sino que por el contrario se iluminan y realzan mutuamente, dando lugar a un

estremecedor texto que rezuma lucidez, cariño, compromiso, amistad y fe en todo cuanto merece ser creído. Reflexionando sobre el rol que juega la mirada en el inacabable proceso con el que intentamos volvernos realmente seres humanos, nos hace caer en la cuenta de la importancia de reeducar nuestra mirada, y empezar a mirar queriendo ver, especialmente cuando se ha de mirar realidades duras, incómodas, dolorosas miradas como las que él descubrió entre María y Manolo cuando se acercaba a su final la vida de nuestro amigo y compañero. Miradas sabias y valientes como las que él empleó cuando le tocó mirar hacia la pobreza (y los pobres), la exclusión (y los excluidos), porque sólo mirando como es debido se puede reconocer al otro, y esperar a su vez que podamos llegar a ser reconocidos y rescatados por la mirada de los otros, especialmente de los últimos.

Una de las líneas de inspiración a las que se asomó Manuel Gil en su estudio sobre la historia del trabajo social fue la que resulta del diálogo entre Mary Richmond (y su forma de entender el primigenio trabajo social de caso) y Jane Addams (con su manera de pensar y vivir su concepción comunitaria del mismo). El documentadísimo artículo de la profesora de la Universidad de Vigo, Carmen Verde, pone de manifiesto la fecundidad que resulta de asumir la importancia de las contribuciones que hicieron ambas autoras a la configuración teórica y práctica del trabajo social, rechazando la victoria de una visión a costa de la otra, sino emplazándonos a profundizar en ambos abordajes, poniéndolos en diálogo y extrayendo de sus coincidencias y divergencias enseñanzas que siguen siendo provechosas para los retos que ha de afrontar el trabajo social del siglo XXI.

Paradójicamente, cuando la institucionalización profesional del trabajo social parece estar completándose en nuestro país, los avatares cotidianos de sus practicantes se encuentran sometidos al formidable impacto de una crisis económica y social que se traduce en una creciente mercantilización de los servicios sociales, tanto públicos como pertenecientes al tercer sector, con lo que una estrecha visión gerencial unida a la precariedad laboral se termina traduciendo en una peligrosa desprofesionalización. Este es el asunto que abordan los profesores de la Complutense Luis Nogués y Maribel Martín, en su excelente artículo, en el que de la mano de autores como Sennett ponen de relieve las falacias de la flexibilidad en el trabajo y la asunción personal del riesgo que únicamente persiguen traducir en fracaso individual lo que muy probablemente es el resultado de haber obviado el análisis del contexto y la estructura dentro de la cual han de desenvolverse los recorridos profesionales de las trabajadoras sociales. Pese a todas las dificultades que entraña su propuesta, los autores abogan por mantener la tensión propia de contar con una pluralidad de modelos y metodologías de trabajo social, evitar en aras

de una supuesta profesionalidad, la falsa neutralidad que más bien consiste en una neutralización política de las profesionales, y finalmente, en re-etizar la práctica profesional puesto que «una actitud neutral en la intervención social en las instituciones y en la sociedad no sólo debiera ser imposible en términos de conocimiento, sino que atenta, traiciona o ignora el *ethos* profesional». Cuando, según los autores, más allá de cualquier actuación meramente técnica, en el actual contexto sociohistórico, los trabajadores sociales finalmente:

serán juzgados por el lugar ocupado al lado de quien se hallaba en [...] difícil situación. Se valorará su postura –elegida o asignada–: si se limitaron a ejecutar políticas sociales restrictivas o si bien, por el contrario, defendieron las conquistas sociales, aprovechando los márgenes de maniobra existentes; si ante la pérdida de vitalidad del poder instituido hemos estado atentos a todas aquellas prácticas instituyentes que van surgiendo en la vida cotidiana y que no siempre son bien acogidas por el poder instituido; si hemos ayudado al nacimiento de un nuevo sujeto a través de nuevas formas de vida individual y colectiva en todas las esferas de la vida social.

El profesor de la Universidad de la Rioja y antiguo alumno de Manuel Gil realiza un minucioso análisis documental de la legislación sobre Servicios Sociales a nivel nacional y particularmente de lo reglamentado en la Comunidad Autónoma de la Rioja, que permite constatar la evolución experimentada por el trabajo social, especialmente en su función de acompañamiento, desde la primera generación de leyes autonómicas de servicios sociales hasta la segunda y las posteriores regulaciones de asuntos especializados como la atención a la infancia y la familia, la intervención en casos de violencia de género, el envejecimiento, la atención a la dependencia, o las rentas de inclusión social, todo lo cual permite constatar la creciente especialización y la necesidad de coordinación y alineamiento entre servicios sociales de primer y segundo nivel.

De alguna manera, el artículo de la profesora de la Universidad Rey Juan Carlos, Silvia Giménez, que fue años atrás también compañera de Manolo en Comillas, trata de solventar algunos de los problemas que ha suscitado la excesiva sobreidentificación del trabajo social con el desarrollo del sistema público de Servicios Sociales en nuestro país. Frente al exceso de burocratización de los procesos que manejan los trabajadores sociales en el seno de la administración del *welfare*, la autora propone que se refuerce la opción del trabajo social clínico, una variante profesional que se encuentra ya en los orígenes en la propuesta de Mary Richmond especialmente y que ha encontrado un amplio desarrollo en algunos países como Estados Unidos, por ejemplo, pero que sin embargo sigue siendo frenada entre nosotros, en buena

medida debido a obstáculos de tipo corporativo. Entre otras cosas, esto significa volver a poner el acento de la intervención en la persona, evitando que el centro de gravedad repose exclusivamente en la gestión de recursos y la administración aplicada de los derechos sociales. Naturalmente esto implica una formación adicional en psicoterapia, en cualquiera de las posibles líneas existentes, si bien la profesora Giménez se decanta por un enfoque transpersonal en el que se mezclan las herramientas del *counselling* y el *mindfulness*. Para demostrar su propuesta, pone como ejemplo la labor desarrollada por la asociación *Proyecto Ser: Terapeutas Sin Fronteras* en la que se ha ofrecido apoyo psicoterapéutico individual a más de un centenar de personas en situación de exclusión social desde su creación hace diez años.

Por último, las profesoras del departamento de Sociología y Trabajo Social de Comillas, Rosalía Mota, Eva Rubio y Santa Lázaro, repasan los logros alcanzados por los servicios sociales a partir de los retos que han debido afrontar en diferentes momentos de crisis hasta llegar a estos últimos tiempos de pandemia, en particular los servicios sociales municipales como puerta de entrada al sistema llamado a convertirse en el cuarto pilar del Estado del bienestar, han debido afrontar una multiplicación de situaciones de vulnerabilidad con una notable escasez de recursos (humanos, económicos y de prestaciones), y sometidos a un imparable proceso de burocratización que ha ralentizado todos los procesos y ha terminado por ampliar la labor puramente asistencial y paliativa de problemas ya consolidados, en detrimento de la intervención social y de la actuación preventiva. Finalmente, exponen la situación desencadenada por el COVID-19 que ha obligado a reorganizar la atención (personal y telefónica), cambiando el perfil de usuarios atendidos, y modificando sustancialmente el funcionamiento de los distintos programas, particularmente los que atendían a menores, o a personas mayores solas, además de precipitar en la exclusión a toda una amplia capa de trabajadores precarios que no han podido acogerse a medidas como los ERTES, por ejemplo. Si bien ha permitido activar el teletrabajo, este se ha encontrado con fuertes dificultades como consecuencia de la brecha digital que lo hacían inaccesible para muchos de los usuarios de los Servicios Sociales, y unido a la imposibilidad de prestar una atención personal, se ha traducido en un fuerte incremento del estrés y el malestar psicológico que se traducía en miedo, desesperanza, ansiedad y desánimo entre los trabajadores sociales. Unido al incremento de la demanda, esta última crisis por pandemia ha puesto de relieve la debilidad del sistema de servicios sociales, y ha obligado en muchas ocasiones a derivar los casos a organizaciones del Tercer Sector para poder subvenir a sus necesidades básicas. En sintonía con lo que recomienda la Red europea de lucha contra la pobreza, las autoras

terminan invocando la necesidad de desarrollar cuanto antes una Ley estatal de Servicios Sociales que garantice «los estándares básicos en la atención a la ciudadanía, recuperando la inversión social y promoviendo los cambios organizativos necesarios».

Todas las contribuciones que hemos reseñado, creemos que son un reflejo de buena parte de las preocupaciones e intereses que movieron el trabajo académico, docente e investigador, de nuestro compañero Manuel Gil, y lo mismo que otras muchas que no han podido encontrar acomodo en este número de *Miscelánea Comillas*, son una prueba de la enorme red de afectos, amistades y complicidad que supo levantar en torno a él gracias a su gran capacidad de trabajo, su tenacidad y su condición de hombre de bien. ¡Va por ti, Manolo!